con su capi-levi-frac majestuosamente abrochado, sus potencias atusadas como nunca, y cubiertas por un sombrero de copa alta, de colosal altura y forma cilíndrica, fué á poner los mil duros en manos de la Superiora de la Casa de expósitos, sin que le ocurriese siquiera la idea de aliviar sus apuros pecuniarios con una sola de aquellas monedas que, en la rectitud de su alma, consideraba sagradas como un depósito. El billete había sido comprado para los niños de la Cuna, y suyo era el premio.

Agradecida la Superiora, le preguntó, sin poder disimular la sorpresa que aquella cuantiosa limosna le causaba en una persona al parecer tan pobre:

—¿Y quiere V. decirme á quién hemos de agradecer esta caridad tan grande y tan oportuna?

Don Justo no había contado con esto: enrojeció hasta el blanco de los ojos, sus potencias cayeron lácias sobre el cráneo, y luchando entre su modestia, que le mandaba callar, y su horror á la mentira, que jamas manchó sus labios, guardó silencio, anonadado como el reo que ve descubierto su crímen. Mas derrepente vínosele á la memoria el cuadrito de la Vírgen del Cármen, guardiana del billete, y con aquel aire de satisfacción y desembarazo del que sale triunfante de un grande apuro, contestó á la atónita Superiora:

—¡A la Vírgen del Cármen, señora, á la Vírgen del Cármen! .....

Y aquella noche dormian la *bendita* doña Tomasa y el *Quijote* D. Justo, con la sonrisa en los labios y la paz en el alma, después de haber tomado por alimento, en todo el día, un plato de pimientos asados!

IV.

El día 22 de septiembre de 1868, notábase una extraña animación en la escuela gratuita de María Inmaculada. Los romanos zumbaban como abejas, como abejarrones los cartagineses, y los de la Insula Asnaria parecían imitar à sus titulares. D. Justo había bajado de su empinado solio, y paseábase con la palmeta en la mano, dirigiendo amenazadoras miradas de Roma à Cartago, y de Cartago á la Insula Asnaria.

La revolución de septiembre había estallado: cerrados toda clase de establecimientos, las músicas transitaban por las calles tocando el himno de Riego y la Marsellesa, y un *entusiasmo oficial* reinaba por todas partes. Algunos, que claramente habían manifestado su desagrado, se llenaron de una espontànea, vo-

luntaria y sincera alegría, ante los persuasivos argumentos con que amenazaban algunos oradores liberales que, colocados por las esquinas, abrian sus negras bocas sobre cureñas férreamente claveteadas.

Sólo la escuela gratuita de María Inmaculada conservaba abiertas sus puertas; y allí, firme como una roca don Justo, ayudado de su elocuente palmeta, esforzábase por mantener el órden entre sus subordinados, que, poseídos de un patriótico entusiasmo, parecian dispuestos á tomarse por fuerza las vacaciones, que de grado no se les daban. Pero ¿cómo había él de tomar parte en el regocijo público?....¡Él, que había oído gritar aquellas turbas: ¡Muera Pio IX!....¡El que había visto arrastrada por el suelo la corona de Fernando VII, el monarca de España y de sus Indias que le llamó un día su amigo, y no quiso permitir que el más fiel de sus súbditos se mojase por su culpa!....

Romanos, cartaginesés y asnarios habianse aliado para llevar à cabo una conspiración en contra del anti-revolucionario D. Justo. El plan era bien sencillo: un nudo de la madera desprendido de la mesa del maestro, formaba un hoyito en que éste, sumamente apegado á sus hábitos, solia introducir el dedo índice de la mano con que accionaba; clavaron en él los conspiradores una aguja con la punta para arriba, y rellenando el hueco de acibar, esperaron á que el inocente D. Justo encontrase allí el castigo de su tiranía. Distraido éste,

hacía leer à uno de los cartaginesés las máximas de Martínez de la Rosa.

—Lea V. con sentido, que eso no es un romance de ciego, decia; ha de leer así!....

Quien maltrata à un animal,
No muestra buen natu...

—¡Canastos!—se interrumpió el buen maestro, al sentir un terrible pinchazo en la punta de su dedo, que impulsado por la costumbre había ido á introducirse en el hoyito conspirador; y llevando naturalmente á los labios la parte lastimada, murmuró atónito al sentir en la boca el amargor del acíbar:

—¿Qué es esto, Dios mio?

Una explosión general de malignas risas acogió la sorpresa de D. Justo, que en vano preguntó, indagó y quiso averiguar. Viendo la inutilidad de sus pesquisas, el ofendido maestro, haciendo hasta la magnanimidad honor á su nombre, perdonó ántes que exponerse á castigar á un inocente. No obstante este noble comportamiento, aquellas hordas liliputieses siguieron agitadas, como si presagiasen alguna nueva borrasca.

—Vea V., se decía D. Justo, paseando de arriba abajo lo que puede el mal ejemplo. Hasta en estas criaturas se refleja el espíritu revolucionario de esta pícara época.

De repente interrumpió sus reflexiones una atiplada vocecita, que, saliendo del bando cartagines, gritaba:

—¡Viva la libertad!

Don Justo se volvió, ligero como una veleta, dirigiéndose con la palmeta levantada al punto de donde había salido aquel grito suversivo; pero solo encontró ojitos bajos, caritas contritas, que con una mansedumbre evangélica no osaban levantar la vista del suelo. En aquel momento, otro grito salió de las huestes romanas; y D. Justo obligado por las circunstancias á adoptar la política de concesión y represión, resolvió levantar la clase media hora ántes de la de costumbre: cantóse la Salve á la Vìrgen algo más desentonada que de ordinario, y desfiló la amotida plebe.

El día siguiente, D. Justo, revestido de toda su gravedad, y envuelto en sn capi-levi-frac como en las grandes solemnides, se presentó en la clase armado con su palmeta acostumbrada, y unas atroces disciplinas de extraordinario. Roma, Cartago y la Ínsula Asnaria temblaron ante aquel aparato de fuerza; se cantó la Salve con el mayor recogimiento, y concluída ésta, subió D. Justo á la tribuna, desde donde, con levantado acento y severo continente, dijo así:

—He llegado á sospechar, señores, que algunos de los individuos que concurren á este digno establecimiento tratan de introducir entre los demás el desórden que reina en el resto de la Península.... Mas yo tengo medios, añadió mostrando al horripilado auditorio la palmeta y las disciplinas, para mantener el órden!....y si hay entre vosotros alguna lengua que se atreva á proferir un solo grito subversivo....¡capaz soy .....

Y D. Justo alzó el cerrado puño, miró à Roma, luègo á cartago, à la insula Asnaria después, y dejando caer la mano sobre la mesa con la misma fuerza con que Juno debió golpear la tierra al nacer la serpiente Pyton, concluyó con el acento de Neptuno al pronunciar el famoso *!Quos ego!*....

—¡De echársela á mi gato!....

El más hondo silencio se apoderó de los revolucionorios. D. Justo disertó entónces sobre el amor al altar y la fidelidad al trono; y encontrando ocasión oportuna como nunca, refiriò una vez más su familiar diálogo con el señor rey D. Fernándo VII, cuando en el día 16 de abril de 1820, al salir S. M de la Salve de Atocha y estando el cielo encapotado, dijo que iba á llover, y llamó amigo al fiel súbdito que le ofrecía su paraguas de algodon encarnado.

—Y en aquellas palabras,- prosiguió D. Justo, *Gracias, amigo; sentiría que V se mojase*, que me dirigió el monarca de España y de las Indias, en cuyos dominios jamas se pone el sol...

El sol se puso en aquel momento en el rostro del maestro, al ver que la puerta se abria con estrépito, y un hombre entraba en la clase: de su cintura pendía un largo y corvo sable, que arrastraba por el suelo; en la manga de su levita, cuyo color indefinible recordaba el de ciertos hombres políticos, brillaban dos galones de oro problemático; colorada era su

corbata, colorada era la pluma que tremolaba en el alto de su grasiento sombrero, y colorada era también la punta de su nariz, que no era indudablemente el pudor quien la había enrojecido.

Aquel hombre era delegado de una de las muchas *Juntas Gubernativas*, que, constituidas en aquel entónces por su propia virtud, ejercían sobre los pueblos, á quienes la sorpresa de tanta osadía no dejaba sacudir su yugo, una tiranía semejante á la del lacayo que por un momento se viera señor de su dueño.

Sin contestar al cortes saludo, que, no obstante su estupor, le hizo D. Justo, puso aquel hombre en manos del atónito maestro de escuela un cartapacio, en que éste leyó en voz alta:

"De òrden del señor Presidente de la Junta Gubernativa de Z**, se advierte á todos los directores y maestros de escuelas gratuitas, que para solemnizar y conmemorar el glorioso alzamiento de septiembre de 1868, sustituyan la Salve, que á la apertura de las clases acostumbraba àntes cantarse, con el popular himno de Riego. Lo que cumpliendo la órden del señor Presidente, se le notifica á V. para su gobierno.

Salud y fraternidad.—Z**, 22 de septiembre de 1868" (1).

Don Justo dejó escapar el papel, y cayó en su sillon, elevando las manos al cielo.

---

[1] Histórico.

Roma, Cartago y la Ínsula Asnaria pronunciaron en un grito unánime de entusiasmo, y dando estrepitosos y atiplados vivas á la libertad, y mueras á D. Justo, precipitàronse por la escalera, cual ruidosa avalancha. Una vez en la calle, formáronse de cuatro en cuatro con su capitan al frente, sus tenientes á los lados, y sus cabos á la cola, y en esta forma recorrieron las calles de la población, cantando el himno de Riego.

Mientras tanto D. Justo, vuelto en sí de su sorpresa, coge el primer papel que á mano encuentra, y empuñando la pluma, escribe, cual aquel moro Tarfe.

Con tanta cólera y rabia,
Que donde pone la pluma
El delgado papel rasga.

"Señor Presidente de la Junta Gubernativa de Z**. He recibido el oficio que me dirige, y no permitiéndome mis sentimientos de *católico apostólico romano* – y D. Justo puso estas palabras en letra bastardilla y muy gorda— ni mi honor de caballero, ni siquiera de hombre honrado, cumplir su anticristiana órden, le suplico acepte la dimisión que hago del cargo directivo de esta escuela gratuita de María Inmaculada, que durante treinta y cinco años he venido desempeñando.

Dios guarde á V. muchos años.—Z**, 22 de septiembre de 1868."

—Pero hombre,—decía apurada la Pascua Florida, transige un poco, y que canten la Salve con la tonada del himno de Riego.

—¡Transigir!....No transige la conciencia.

—Dios quiera que no nos cueste la torta un pan, Justo: ni siquiera le das *usía* á ese señor *arcarde* .....

Don Justo miró, por primera vez en su vida, à su mujer indignado.

—¡Yo!—exclamó. ¡Yo dar tratamiento á un poder revolucionario!....¡Yo, á quien S. M. el Rey D. Fernándo VII llamó su amigo, y le dijo familiarmente que iba à llover aquel día!... es decir, se lo dijo al gentil hombre, y entónces fué cuando yo....

—¡Ay Justo!—le interrumpió doña Tomasa, que no estaba en aquel momento para recordar las relaciones amistosas de su marido con el monarca de España y de sus Indias; con ese papel te llevas la llave de la despensa!

—¡Tomasa!—replicò severamente D. Justo, poniendo la mano sobre su corazón: de éste, es el hombre responsable....Y de éste, añadió bajándola á su estómago, Dios cuida!....

Algunos días después, publicaba un periódico de la corte el siguiente suelto:

"Nos escriben de Z** que ha sido inmenso el entusiasmo que allí ha producido el glorioso alzamiento del 18 de este mes. El jueves de la semana pasada recorrieron las calles de

la población un grupo de jóvenes de lo más ilustrado y principal, entonando el patriótico himno de Riego. Celebramos infinito este entusiasmo de la juventud, que es hoy la esperanza de la regenadora patria."

La dimisión de D. Justo fué aceptada, y sobre los hombros de ambos ancianos se unió entónces, al peso de los años, el peso de la miseria. Doña Tomasa perdió la vista, y D. Justo murió à poco en el hospital. Al despedirse de su esposa, después de recibir con fervor extraordinario los santos sacramentos, le repitió varias veces aquella máxima de *El libro de los niños*, en que enseñaba á leer á sus discípulos:

¿Veis la virtud abatida?
¡Mas también hay otra vida!

¡Es cierto!....En ella es donde los héroes segun Dios obtienen su apoteósis; en ella es donde las virtudes humilladas se elevan sobre el pedestal que les usurparon en el mundo los hèroes del vicio; en ella es donde, al contemplar éstos, á la inextinguible luz de la eternidad, lo que los hombres llamaron su gloria, claman rechinando los dientes: *¡Nos insensati, vitam illorum aestimabamus insaniam!*

¡Nosotros insensatos, teníamos su vida por una locura!

FIN

¡¡CHIST!!..

NOVELA ESCRITA.

—POR EL—

P. LUIS COLOMA.

—DE LA—

COMPAÑIA DE JESUS.

—Edición de "La Defensa."—

Monterrey, Méx.

Imprenta Católica, calle de Dr. Mier, número 70.

1893.